

Q 206

¿Quién es este hombre de sonrisa socarrona que escribió una novela porque tenía ganas de envenenar a un monje? Carla Grandi, quien ha trabajado junto a él, presenta al autor de El Nombre de la Rosa.

Quién es Umberto Eco? ¿Quién es este hombre de sonrisa socarrona, de opiniones descorralzantes, que escribe una novela porque tenía ganas de envenenar a un monje, satisfecho de sí mismo, sea opinando sobre los límites y los fines de una teoría semiótica, sea recomendando como escoger y usar el programa electrónico ideal, que suele escribir es difícil pero que se hace entender, un best seller que se sitúa fuera de los cánones de los best sellers, que en un mundo deslumbrado por los Flamingos y los Terminators, héroes del presente y del futuro, nos conecta con su mundo antiguo, y se vuelve, nos vuelve, un poco a todos, sabiosos del magis medieval?

Nótese aún una biografía formalizada, sabemos que nació en *Alessandria*, provincia del Piamonte, Italia, en 1919, que su clave profesional es la semiótica, que ha hecho clases en Universidades italianas y americanas, que dirige revistas especializadas en la materia, y que ha escrito muchas obras. Aparentemente sabemos poco.

Poco, pero suelo decirlo "por sus obras los conoceréis".

En realidad, su obra es su mejor y más completa carta de presentación, si bien buscar a Eco en su producción es como verter agua en un gran vaso lleno de agujeros: salen muchos charcos, de índole diversa, heterogénea, híbrida a veces, como corresponde a un hacedor de enigmas, a un amante de la semiótica.

Perú, maestro en la teoría literaria —¿no son sus "Apostillas al Nombre de la Rosa" una verdadera *Ars Poética*?— experto en figuras retóricas, usa, sin duda, de la ironía cuando afirma:

"El autor debe morir después de haber escrito su obra. Para alcanzar el camino al texto" (Apostillas..., Lumen, Barcelona, 4 ed. 1998, p. 14).

Sabedor de qué la ironía es aquella figura que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice, sabe también que, a la inversa, el texto alana el camino al autor; que él, Umberto Eco, se revela en el texto, como un signo más. Con una coqueta, falsa modestia, irónicamente dice, yo también estoy aquí, buscando, en esta alquimia magnífica del lenguaje.

Ha declarado:

"Signo es cualquier cosa que pueda considerarse como sustituto significativo de cualquier otra cosa" ("Tratado de Semiótica General", Lumen, Barcelona, 2 Ed., 1981, p. 91) y sus textos constituyen los propios sustitutos significativos no solo del escritor, sino también del hombre. Son el Eco de las transmutaciones, el experto semiótico. O, si se quiere, el experto alquimista.

Y los agujeros y los charcos de este vaso colmado ¿cuáles son? Tenemos al enunciador de una teoría unificada del signo en la dimensión cultural ("Signo", 1976); el proponente de un sistema de la cultura como comunicación ("La Estructura Absente", 1968); el teórico de los sistemas de comunicación y significación (Tratado de Semiótica General, 1981); el intérprete político (Socialismo y Consolación); el novelista ("El Nombre de la Rosa", 1981); el metodólogo ("Cómo escribir una Tesis de Título", 1985); el experto en tecnologías avanzadas ("El Computer para escribir", 1986); el periodista y el articulista, el reseñador (Revista "L'Espresso"); el tratadista de la narrativa ("Apostillas al Nombre de la Rosa", 1984). Un oficio de escritor, por decir lo menos, variado.

El arte y la vida no constituyen categorías separadas, y hay un nexo vivo entre la existencia y el pensamiento, pero:

"El narrador no debe facilitar interpretaciones de su obra, si

no ¿para qué habría escrito una novela que es máquina de generar interpretaciones?" (Apostillas..., p. 9).

Eso es lo que la obra de Eco novelista tiene los atributos que Eco semiólogo asigna a los sistemas significativos: la variedad, la multiplicidad, la interpretabilidad.

Eco se inicia en la aventura del lenguaje de ficción con "**El nombre de la Rosa**" —novela que ha alcanzado difusión casi masiva—, en el esfuerzo de producir una forma que interprete no sólo lo que ha sido su misión especulativa más permanente —la Semiótica—, sino también que signifique la propia, humana, múltiple interpretación de sí mismo. De ahí que su aventura creativa nazca en simonía y en sincronía con sus otros avatares: la pasión medievalista ("El medievo seguro siendo, si no mi oficio, mi pasión y mi tentación más permanente, y lo veo por dentro, en transparencia, en las cosas de que me ocupo, que no parecen medievales pero que lo son" (Apostillas..., p. 22-23); la filosofía, en la que inserta a la novela policial como expresión extrema de la conjetura, de esa conjetura que no es sino el nudo metafísico mismo: la historia, la teología, la antropología, y ¿por qué no?, también la herbolistería.

Este nombre para quien el medievo es su imaginario cotidiano, este creador que dice conocer el presente sólo a través de las pantallas de televisión, se pasa, sin embargo, por la contemporaneidad publicando manuales metodológicos para estudiantes desorientados, enseñando a las masas con opúsculos casi panfletarios a escoger los programas electrónicos ideales.

Sin duda el mundo culto mutaciona de una cultura de clase a la información de masas, del historicismo humanista a un identismo tecnológico; de una civilización de los valores a una civilización —¿se podrá llamar así?— de las necesidades y consumos. El artista, en consecuencia, sujeto a un proceso crítico de remoción de prejuicios y de nociones inveteradas, cambia también pero entra en la cultura contemporánea aceptando y adecuándose a las ciencias y a la tecnología. El artista y el arte encuentran en este nuevo horizonte muchas contaminaciones pero también encuentran diversas autonomías. Esto es lo que Eco rescata en su peregrinar entre el aparente hermetismo de sus tratados semióticos y la proposición de uso de un computador para todos. Pues bien, nada humano le es ajeno, y opera con su lenguaje sofisticado que de tanto trabajar ha llegado a ser casi sencillo, a modo no sólo de un gran comunicador, sino también de un gran democratizador. Su mejor y más bello ejemplo "**El Nombre de la Rosa**", es el que, de hecho, abre el ancho espacio de las interpretaciones, plural, posibles para todos: novela policial para quienes gusten del género, novela policial para los amantes de enigmas, narración coral para el militante de la filosofía, polémica teológica; o posición discursiva del poder. Entre otras.

A partir de su formación teórica y estética privilegiada, Umberto Eco abandona las posiciones antropológicas, y al límite, racionalistas, frecuentes en el campo de la cultura, al eximir al texto de una linealidad, de una interpretación accesible a una sola casta cultural. Hay, en la diversidad de la propuesta un gran respeto por lo humano democrático: el reconocimiento de la necesidad de una representación plural, y por lo tanto colectiva. Es su teoría del signo puesta en acto, la libertad del intérprete —sea cual sea— en acción. Eco logra, así, encontrar siempre ese lenguaje con el cual nuestro tiempo puede ser dicho, aunque sea a través de la alegoría de otro tiempo.



Carla Grandi.

MUCHO GUSTO

Umberto Eco -- mucho gusto [artículo] Carla Grandi.

Libros y documentos

AUTORÍA

Grandi T., Carla

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Umberto Eco -- mucho gusto [artículo] Carla Grandi. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile